

## LA SOLEDAD DEL FARO

**Introducción.** Desde que empezó el confinamiento, despedimos las eucaristías de cada día con un: «*Podéis permanecer en paz*». Es el deseo de incluir en medio de las circunstancias que nos toca vivir, la presencia de un Señor que camina a nuestro lado, vivamos lo que vivamos. Épocas de más movimiento, de invitaciones constante a salir: «***Id y hacer discípulos a todos los pueblos***» (Mt 28,19). «***Sal de tu tierra, y ve a la tierra que yo te mostraré***» (Gn 12,1). Pienso en cómo solíamos tener todos, las agendas en estas épocas del año. Viajes, comuniones, bodas, charlas, confirmaciones, clases. Con la primavera parece que renazca en todos nosotros las ganas de florecer. Basta ver cómo nos lanzamos a las calles en cuanto nos dejan la oportunidad. Qué el Señor nos llame cómo Iglesia, como comunidad, a vivir la alegría compartida de la pascua y de la primavera.

**«Habla mi amado y me dice: ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí! Porque ha pasado el invierno, las lluvias han cesado y se han ido, brotan flores en la vega, llega el tiempo de la poda, el arrullo de la tórtola se deja oír en los campos; apuntan los frutos en la higuera, la viña en flor difunde perfume. ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí! Paloma mía que anidas en los huecos de la peña, en las grietas del barranco, déjame ver tu figura, déjame escuchar tu voz, porque es muy dulce tu voz, y es hermosa tu figura»** (Cant 2,10-14).

Pero este año la invitación era otra, no era salir, moveos, sino lo contrario: ¡Permaneced unidos a mí! Que nuestras vidas puedan descubrir la profundidad de lo que nos habita y nos sostiene. La fuerza poderosa de la presencia de nuestro Dios que le da un valor a lo humano de una manera transfigurada. El valor de nuestras vidas no reside en lo que hago, en la eficacia, en los resultados, en las valoraciones externas. El valor de nuestra vida está en los que soy. En mí unión con el manantial de la vida.

**Lo que Dios nos dice. «Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no permanece en la vid, tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: quien permanece en mí y yo en él dará mucho fruto; pues sin mí no podéis hacer nada. Si uno no permanece en mí, lo tirarán afuera como el sarmiento y se secará: los recogen, los echan al fuego y se queman. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis y os sucederá. Mi Padre será glorificado si dais fruto abundante y sois mis discípulos. Como el Padre me amó así yo os he amado: permaneced en mi amor. Os he dicho esto para que participéis de mi alegría y vuestra alegría sea colmada»** (Jn 15,4-11).

Hay una alegría inédita en nuestras vidas. La desconocemos. Es la que le muestra Jesús a María la hermana de Marta, es la alegría del ser, no del aparentar, del lucirse, de cantinfleo y posturo. Esa es la gran oportunidad que nos está regalando este tiempo. Nos cuesta aprenderla, porque estamos habituados al protagonismo, al llevar nosotros las riendas de nuestras vidas. Elegimos la dirección de nuestros pasos, elegimos los compañeros de camino y, sobre todo, programamos las vidas para garantizar la ausencia de imprevistos. Y en unos pocos días hemos evidenciado lo ingenua de nuestra pretensión.

**«Yendo de camino, entró Jesús en una aldea. Una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Tenía una hermana llamada María, la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras; Marta se afanaba en múltiples servicios. Hasta que se paró y dijo: Maestro, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en esta tarea? Dile que me ayude. El Señor le replicó: Marta, Marta, te preocupas y te inquietas por muchas cosas, cuando una sola es necesaria. María escogió la mejor parte y no se la quitarán»** (Lc 10,38-42).

Hay una alegría destinada para cada uno de nosotros que nace del reconocimiento del regalo y del amor que es cada una de nuestras vidas. María, puedes disfrutar de estar sentada a los pies de Jesús, porque Él te va a contar quién eres para Él. Cuanto amor derramado detrás de cada una de nuestras biografías. Y no porque todo lo que nos ha pasado ha sido fácil o bonito. Sino porque es permanente el cuidado y la dedicación que Dios tiene de cada uno de nosotros. Otra cosa es lo que somos capaces de saborear de esa cercanía y de ese cuidado. Marat estaba al lado de Jesús, pero no escuchaba nada de lo Él quería decirle. Ocupada, distraída, en mil quehaceres que la dejan de un malhumor evidente. Hay un «permanecer» que suena a pasividad, a acoger, a recibir. Estamos más habituados al protagonismo, a la toma de decisiones, a la eficacia, que, a tener paciencia, a la calma, a la paz, a la suave brisa. Y hasta en este tiempo tan privilegiado para la calma, el silencio y la escucha, ya nos hemos encargado de llenarlo de ruidos, de ocupaciones y de tener el corazón distraído.

**Cómo podemos vivirlo.** Me ayudaba la imagen de un faro, y de su farero. Hay muchísima gente a la que su vida pasa desapercibida. Pero a los marinos, en noches de tormenta, su luz se convierte en la ayuda más eficaz. Y el faro es feliz de permanecer, dónde tiene que estar. Y no añora ser otra cosa, ni estar en otro lugar. Aprendamos de la soledad eficaz del faro y de la entrega anónima de su farero.